

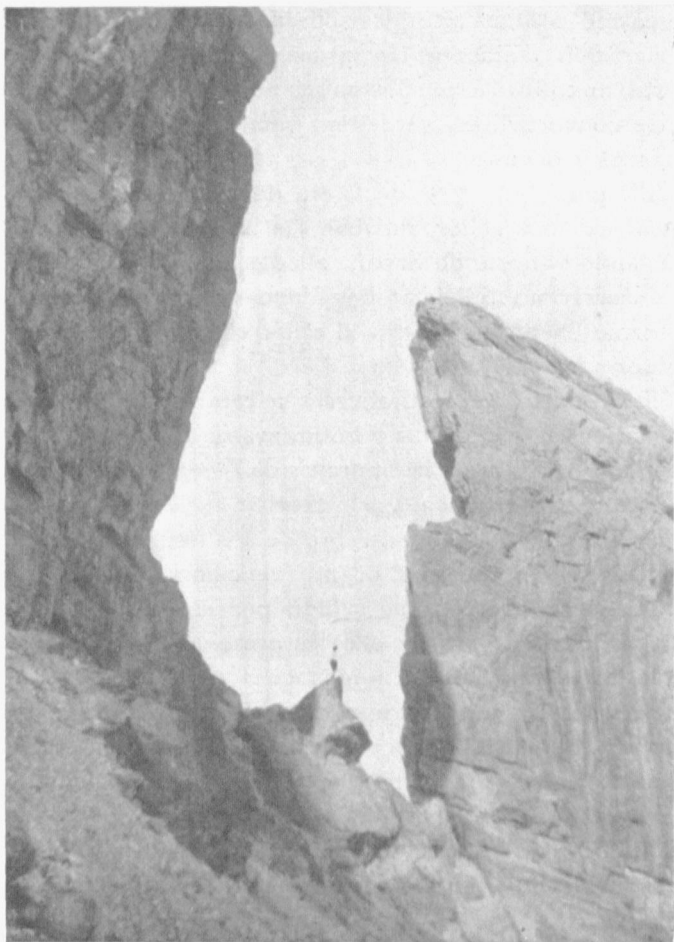
Leyenda de la Brecha de Roldán.

La fantasía popular y literaria que urdió siempre historias, colocando algunas de sus más poéticas concepciones a lo largo de la cadena pirenaica, tan propicia a ello por la magia de sus mil rincones de maravilla, avicindó en el Valle de Ordesa una de sus más sugestivas invenciones, que trata de justificar la existencia y nombre de la Brecha de Roldán que corona sus alturas. Creemos por lo tanto de interés el hacerla figurar en esta monografía.

El caballero Roldán fué un auténtico personaje histórico que, convertido en héroe legendario, se acumularon en él tal cantidad de versiones, que funde las fronteras de lo cierto con las de lo irreal, haciendo imposible la debida disección, por lo que alcanza la duda hasta en la determinación de su verdadero nombre y procedencia.

Relato, pues, la leyenda como me la hicieron saber, dejando a cada cual la libertad de creer o no algunos de sus extremos.

El prefecto de la Marca de Bretaña durante el siglo viii, llamado por los españoles Roldán y por otros Roland, Orlando u Orlandino, según quieren atribuirle origen francés o italiano, dicese era hijo de la princesa Berta, hermana de Carlomagno y del duque de Angers. Nacido en tierras de Italia cuando estaba de camino su madre, parada para descansar en las cercanías de una fuente, le bautizaron con el denominio de Roland (de «rouler») por haber caído dando vueltas por el suelo en el instante de su advenimiento al mundo. Criado sobre el propio lugar de su nacimiento haciendo vida ignorada de leñador, consiguió una fortaleza muscular envidiable y sorprendente que le valió ser incorporado a las tropas del rey y entrar en la posteridad nimbado de



Fot. A. de España.

Brecha de Roldán (lado español).

exageraciones con las que exaltaron sus hazañas los que hicieron su biografía.

Célebres fueron sus andanzas guerreras por el mundo, al

que pasmó con sus energías sobrenaturales, completando su consagración fantástica las circunstancias pasmosas de su muerte, mixtificadas por los cultivadores del mito, que acabaron de convertirle en verdadero semidiós, inmortalizado en romances y poemas.

Allá por el año 778 de la era de los cristianos, mes de agosto por más señas, andaban las huestes de Carlomagno devastando el norte de España aliadas con el walí de Zaragoza, el sarraceno Soleiman-ben-Yactan-el-Arabí, que quería levantarse en armas contra el califa cordobés de quien era servidor.

Hecho pacto con los franceses a cambio de darles participación en las conquistas y botín, avanzaron desde las montañas del Pirineo hasta las murallas de Zaragoza; pero habiéndose mezclado el egoísmo y la avaricia en la franca oferta de ayuda, prendiendo en el cerebro de los franceses la idea de apropiarse en su totalidad cuanto vencían a su paso, lo cual alteraba los convenios, fué sabido por el walí, que además pudo comprobarlo, y por ello les presentó frente de batalla recibiendoles como a enemigos ciertos. Lo inesperado del golpe puso en fuga a las tropas carlovingias, que en venganza arrasaban todo en su huída precipitada hacia la frontera, hasta llegar a Roncesvalles, donde fueron derrotadas por completo.

El rey consiguió trasponer la montaña; pero no así el resto de sus fuerzas, que, al mando del caballero Roldán, sucumbió acorralado por las mesnadas españolas, integradas por vascos y sarracenos, los cuales, enfurecidos ante el vandalismo de los francos, les coparon en los vericuetos pirenaicos que tan bien conocían y de los que hicieron baluarte seguro.

Roldán, favorecido una vez más por su suerte y resistencia física insuperable, no sucumbió en la batalla, aunque quedó mal parado, preso y desvanecido, bajo la mole de su caballo *Vigilante*, muerto. Para librarse del peso que le astixiaba tuvo que hacer gala de sus recursos admirables, y en un es-

fuerzo desesperado y violento, en el que jugó toda la potencia que le restaba, agarróse a un peñasco que tenía cerca, consiguiendo salir de su prisión lentamente, no sin marcar la huella de sus dedos rabiosos y potentes sobre la piedra que le sirvió de apoyo y que puede contemplarse hoy día en el lugar de Roncesvalles, donde se conserva.

Al verse único superviviente de aquel desastre que comprobó viendo los cuerpos de todos sus compañeros tendidos por el suelo, decidió pasar a su tierra, de cuya frontera no se hallaba lejos, y a ella se dirigió disimulándose por los rincones y dando grandes rodeos, ya que su estado de magullamiento le impediría batallar con eficacia contra quien pudiera tropezarse. Así llegó al Valle de Ordesa, donde las quiebras y encrucijadas le ofrecieron sitios de seguridad y reposo hasta divisar la barrera alta que lo culmina, conservando sobre sí sus útiles guerreros, el casco pomposo que le había librado de una muerte cierta, el cuerno de marfil de sus retos gallardos que pendía de su pecho y la invencible espada Durandarte, Durindana, Durenda y hasta Durandat, que seguía en el tahalí como prenda de resguardo y esperanza, brillando su pomo de oro guardador de muchas reliquias influyentes.

Cuando trepaba alocado dispuesto a ganar en seguida la mayor altura posible, advirtió murmullos de gentes que sin duda le iban buscando y también ladridos de perros que estarían achuchados en su seguimiento. Ello le hizo acelerar su escalada por el Circo Cotatuero, ganar la planicie por donde se desploma su cascada, siguiendo desesperada carrera al ver que no finalizaba la montaña en aquel paraje y escuchar a intervalos para calcular la distancia a que pudieran estar sus persecutores. Unos hombres le salieron de improviso al encuentro, ajenos sin duda a cuanto sucedía; mas él, enfurecido y dispuesto a vender cara su derrota, enarboló la espada, destrozándoles la cabeza. La aventura hizole recobrar ánimos al ver que disponía de sus bríos formidables y quiso provocar a

los que le buscaban, lo cual hubiera hecho de no impedírsele una extraña voz que parecía emerger de la profundidad del valle, y que le predijo su fin próximo si no demoraba la escapada hasta que la luz del día apareciese, porque la noche, con sus misterios y asechanzas, podía serle fatal. Ningún caso hizo de lo que consideró treta de sus enemigos y tras un avance desesperado, agotante por los inconvenientes que la propia condición del terreno interponía, alcanzó la base de la muralla natural que le aislaba de su país, en forma tan difícil por lo alta y espesa que no le era dable trasponerla.

La noche cerróse en absoluto y los elementos, complementando el apuro de la crítica situación, desencadenaron una tormenta aparatosa con pródigo acompañamiento de fenómenos eléctricos que iluminaron siniestramente todo aquel contorno. Las voces y ladridos se hicieron ya más cercanos, acreciendo la angustia del caudillo, que a gritos desesperados pedía un resquicio cualquiera por el que poder entrar en su país, que estaba al otro lado. Los canes llegaron al fin en vanguardia amenazante; pero unos tajos formidables dieron con ellos en tierra. Otros se presentaron a continuación con el grueso de la fuerza, y ante la imposibilidad de generalizar la matanza decidió un último alarde, y blandiendo la espada famosa, que quería evitar cayese en manos ajenas, intentó lanzarla sobre la pared para que cayera en su patria. Tres veces repitió la operación sin conseguirlo, por lo que en estado de completa ofuscación tocó su cuerno de marfil en petición de socorro y estrelló la Durandarte para que nadie la pudiera poseer. El acero, lanzado con furia, abrió una brecha en la muralla, por la que pudo contemplar Roldán el cielo que buscaba; mas el esfuerzo realizado hizo estallar las venas de su cuello, acabando con la vida del héroe.

Otra versión asegura que al blandir la espada dió enorme tajo que quebró la pared sin tiempo para trasponerla, porque el acero, al tomar la posición vertical, atrajo una chispa eléc-

trica que carbonizó al gran personaje de las huestes carlovingias.

Desde entonces se designa con su nombre la brecha allí existente a 2.804 metros de altitud y que mide más de 60 de alta por 25 de espesor, poniendo en comunicación el Parque francés de Gavarnie con el español de Ordesa, y ambos unidos futuro Parque Internacional.

*
* *

Tales son las leyendas más generalizadas referentes a la brecha pirenaica; pero el auténtico poema que constituye el núcleo histórico y primordial de la batalla de Roncesvalles, de donde arrancan todos los demás relatos con ello relacionados, difiere de éstos en muchos extremos y especialmente en el caso que nos ocupa, pues el conde Roldán muere en los campos de batalla con el resto de sus fuerzas, y por lo tanto no puede marchar errabundo hacia la tierra oscense para determinar el hecho acabado de narrar.

Jefe de la retaguardia de las tropas carlovingias cuando regresaban de luchar contra los moros de España, entabla combate de defensa en las gargantas de Roncesvalles al verse atacado por el rey de Zaragoza, el sarraceno Marsil y su falange guerrera, integrada por cuatrocientos mil jinetes mahometanos. Ante el empuje aplastante cae vencida totalmente la fracción gala, quedando los vericuetos pirenaicos sembrados de cuerpos franceses. Con Roldán sucumben los doce Pares famosos y sus veinte mil soldados.

Momentos antes de expirar, *cuando siente que su tiempo es acabado, pues se le derramaba por los oídos su cerebro, sus ojos se enturbiaban y la color de su rostro se desvanecía*, el paladín Roldán, sobrino del rey Carlos, *el de la barba florida*, ve ante él *un oscuro peñasco; diez veces lo hiere lleno de enojo y aflicción. Rechina el acero; pero no se rompe ni se mella*. Con insistencia quiere estrellar su espada para evitar se apoderen

de ella manos infieles; pero nunca lo consigue, porque el acero salta al impulso de su temple, dejando en la piedra huella profunda. Desaforado toca el olifante en demanda de socorro para advertir a la vanguardia de la columna que con el rey al frente traspasó la frontera. Carlomagno oye el toque lastimero y por lo débil de su tañido impresionante deduce el apuro de Roldán, a quien supone no verá más. Retroceden las tropas para defenderle, anunciando su proximidad con las notas enérgicas de sesenta mil clarines; mas cuando llegan al campo del combate sólo la desolación encuentran, *no habiendo ruta ni sendero, ni una vara ni un pie de terreno libre donde no yazga un francés o pagano. La sangre corre en claros arroyos por la hierba verde.* De la parte de Roldán cayeron con todos, Garín, Atón, el conde Berenguer, Duque Sanson, Austerí, Guido de San Antonio, Gerardo de Rosellón... De los infieles sucumbieron sus grandes figuras, Abismo, Clamorín, Grandonio, Escababí, Malquidan, Valdebrón...

Las tropas del rey persiguen a los moros, que una nube de polvo delata no muy lejos, y consiguen darles alcance en las orillas del Ebro, donde acorralados caen, hundiéndose la mayoría al propio peso de sus armaduras. El Dios de los cristianos prolongó la duración de aquel día hasta que logröse la venganza por la derrota infringida a los defensores de la cruz.

El rey Marsil, con la mano derecha cercenada en lucha personal con el conde Roldán, retiróse a Zaragoza, y las tropas de Carlos volvieron a Roncesvalles para enterrar a sus muertos, quemando tomillos y mirra en su holocausto. De Roldán, caído con el rostro hacia España en gesto gallardo, y de Oliveros y Turpin, sus grandes amigos, recogieron los corazones en paños de seda para encerrarlos en cofre de mármol, y sus cuerpos, envueltos en pieles de ciervo después de lavados con vinos y perfumes, fueron transportados en féretros blancos a la iglesia de San Román de Blaye.

No satisfechos los cristianos con el castigo de los moros,

insistieron en su venganza, yendo a buscarlos a su mismo solar, y cerca de Zaragoza, la de las altas murallas, ornadas de 10 grandes torres y 50 más chicas, buscaron batalla, oponiendo diez cuerpos de ejército formado por vasallos de Baviera, caballeros alemanes, barones de Auvernia, Lorena y Borgoña y nobles de Frisia, bretones y potevinos, a los treinta escalones en que presentaron su fuerza los mahometanos, entre los que estaban los gigantes de Malpersa, los barbudos de Fronda, los de grandes cabezas de Milcenia y los bravos de Nubia, Jericó, Brusa y Occián la Desierta... En aquella planicie de amplios horizontes que tenía por foro la bella capital cantaron victoria los cristianos, entrando en Zaragoza dueños y señores del territorio. El rey mahometano, convaleciente de sus heridas, muere al saber la noticia; la reina viuda Abraima es hecha prisionera y al fin se convierte, recibiendo las aguas del bautismo en Francia, a donde fué conducida, y los súbditos fueron ahorcados mientras mantenían su religión. Los que lo aceptaron pasaron al cristianismo, salvando con su alma la vida.

El conde Ganelón, acusado de culpable de la derrota y muerte de su pariente Roldán por haber influido en que se hiciera cargo de la retaguardia, fué entregado a la gente de cocina del emperador, cuyos cien pinches le martirizaron arrancándole la barba y los bigotes, azotándole después por turno con varas y bastones. A continuación le ataron con una cadena por el cuello y extremidades a cuatro briosos corceles, que, azuzados, disparáronse en direcciones distintas, destrozando al infeliz, pues *hombre que traiciona no es justo que de ello pueda envanecerse*, según rezaba su sentencia. Treinta familiares suyos, constituidos en rehenes, perecieron también ahorcados en el Bosque Maldito de Aquisgran.

Y con tal cúmulo de atrocidades termina la historia verídica de la batalla de Roncesvalles, de la que se deriva la de la brecha que existe sobre nuestro Parque Nacional de Ordesa.